# *París enamorado*

*Autora*

***Etna Miró Escobar***

***Primer Premio***

*Categoría A* • 14-18 AÑOS

2019

*Autora*

## Etna Miró Escobar

***Lleida, 2001***

*Actualmente cursa tercero de Estudios Literarios en la Universidad de Barcelona. Ha sido galardonada en los últimos años con numerosos premios literarios, tanto en castellano como en catalán, entre los que destacan el XLV Certamen Literario María Agustina de Lorca, accésit del III Certamen Joven de relatos cortos Tigre Juan, XXIX Premio Luis Landero, XVIII Concurso de Cuentos Noble Villa de Portugalete, además de ser de ser primera finalista del Premio Jordi Sierra i Fabra 2017. Ha sido fundadora del grupo Joves Lectors Catalans, fue miembro del grupo de fomento de literatura juvenil de la Biblioteca Pública de Lleida (Pòker de llibres), institución con la que sigue colaborando, y publica regularmente en la revista Liberoamérica algunos de sus relatos, además de mantener activo su blog personal. En 2020, uno de sus relatos, Reina del miedo, fue incluido en la antología de jóvenes escritores Luciérnagas, publicada por Cometa Editorial. http://etnamiro.blogspot.com/.*

# PARÍS ENAMORADO

*Etna Miró Escobar*

París la veía marchar con los mismos labios pintados de rojo con los que había llegado dos años atrás. La ciudad, silenciosa en el conticinio, observaba el paso afligido de la chica y se entristecía; una lágrima besaba sus calles. El dolor agitaba sus adoquines y el gemido de un lastimero adiós se abría paso en aquel París de noviembre abocado a los ya próximos rigores invernales. La urbe se estremecía, su suelo temblaba imperceptiblemente de pena.

París la había decepcionado. Ena había visto frustradas sus esperanzas y ¿qué le restaba hacer, al fin, a una joven sin ilusión en una ciudad que la había despechado sino alejarse de ella sin mirar atrás? ¿Qué hubiera supuesto quedarse sino arrastrar una existencia exánime de intenciones, sobrellevar un peso vano de materia sin chispa?

París se arrepentía del error que causaba la marcha de Ena. Apesadumbrada, sentía por Ena Greco uno de aquellos amores que quedan grabados en sus piedras fundadoras. París, ese gran París, que jamás había reparado ni en los transeúntes y turistas que la hollaban, ni en los habitantes que anidaban en ella, ese París inmortal se fijó en Ena Greco desde el principio, desde el preciso momento en que sus vivaces pies acariciaron sus baldosas.

Ena llegó a la Gare de Lyon una tarde de otoño en la que, de forma ritual, como cada año, la ciudad había decidido desprenderse de sus hojas sobrantes. Apeada del tren, a Ena le bastó alzar la vista para sonreír a París y el corazón de la Ciudad de la Luz tuvo suficiente con aquella fresca sonrisa para correspondería en aquel justo instante.

Algo de Ena Greco la hipnotizaba en particular. ¿Era, quizás, su peculiar francés escolar, perfeccionado por un interés genuino y entregadas horas de silenciosa escucha de conversaciones ajenas? ¿Era, acaso, sin más, su talento, tan pródigamente desparramado a través de la cálida luz que siempre irradiaba a su paso, o, sencillamente, en fin, el patente temperamento de indómita creadora que la muchacha derramaba a raudales? Sea como fuere, París se enamoró de ella, sin reservas, desde que la vio. Puso a sus pies sus lugares más secretos, sus impasses más entrañables, sus más elegantes avenidas. Le regaló el privilegio del que solo gozaban los más afortunados: oír sus suspiros, a las orillas del Sena, entre los vaivenes de las pequeñas corrientes.

En su primera noche parisiense, en lugar de quedarse en su buhardilla recién arrendada, Ena salió a callejear. París la admiró mientras se perdía por Saint-Michel cual portadora de la noche en su esencia más pura e inspiradora. Había hecho bien —se dijo para sus adentros— en escoger, de entre todos los destinos posibles para su arte, esa caprichosa y explosiva ciudad tan capaz, a la vez, de devorar brillanteces y afanes como de encumbrar a los más altos

genios. Aunque todavía era una recién llegada, se encontraba ya como en casa.

***

Ena amaba París desde que alcanzó conciencia de lo que quería ser en la vida. Criada en una pequeña ciudad, a una hora de tren de Roma, supo que sería artista en el mismo momento en el que comprendió que las cosas nunca se iban del todo si los pintores las retrataban. Desde que tenían memoria, sus manos habían sostenido un lápiz. Garabateaba, esbozaba, dibujaba a todas horas; cualquier objeto, cualquier ser la satisfacían como modelo.

Y, así, Ena, a los 18 años, tras apalabrar un empleo de ayudante en una tienda de reproducciones del Barrio Latino y el alquiler de una modesta guardilla cercana, en la calle Félibien, tomó el tren de su vida, el tren a París.

Trabajaba media jornada. El establecimiento, revestido en madera, desprendía un aura especial de añoranza que atraía a los turistas. Las reproducciones, de gran calidad, hacían tirar de billetera a más de un amante del arte. El propietario de la tienda, monsieur Renoir, era algo quisquilloso, arisco y melodramático; un parisino de pura cepa. Ya mayor y bohemio, se había encariñado, sin embargo, con Ena, rendido ante la ilusión inagotable que esta mostraba hacia todo lo que tuviera que ver con la pintura.

Para la joven, empero, París estaba muy lejos de terminarse en la tienda de monsieur Renoir. Cuando las mañanas llegaban a su fin, Ena se despedía, cogía su caballete, unas hojas de cartulina blanca, un taburete y un carboncillo, y se dirigía hacia la orilla izquierda del Sena, donde formaba parte de una hilera de artistas ideal para cualquiera que deseara un retrato.

París, como obsequio de amor, le envió sus primeros clientes una nítida tarde de diciembre cuando hacía ya unas semanas que Ena esperaba, en vano, que alguien posara. Era una pareja recién casada de norteamericanos en su luna de miel. Ella lucía un maquillaje extremado y cuerpo de anuncio, él semejaba un ejecutivo sacado de algún programa televisivo de análisis económico. Ena, imitando el parisién, iba explicándoles todas las maravillas que hallarían en París y les recomendaba renombrados restaurantes, que ella jamás había pisado, mientras los retrataba. En apenas unos minutos, les tendió una obra de arte por solo diez euros. Maravillada, la pareja le prometió que la recomendaría a unos amigos que visitarían París en los próximos días.

Fue inmediatamente después de marchar los norteamericanos que, de súbito, notó una mirada a su espalda. Tras girarse con parsimonia, sus pupilas abarcaron a su propietario y ambos, rindiendo culto a la espontaneidad, se sumergieron, durante unos infinitos instantes, en la contemplación del otro.

Luego, él, con paso dubitativo, aún preso de cierta incredulidad, se aproximó mientras la joven, tras ladear la cabeza con cuidado de no interrumpir el contacto visual, apretaba inadvertidamente sus labios rojos hasta que el carmín, viendo sin cerrojo la celda, derramó dos pequeñas lágrimas de sangre en su comisura.

El rostro del desconocido trazó entonces una sonrisa, franca y empática, a la que ella se unió, sin embozo alguno, dejándose llevar. En aquel momento, todo parecía completar un cuadro hermoso y armónico, pintado primorosamente, a dos manos, con una fina y multicolor paleta compuesta de melancolía de gran capital y frescor juvenil, del rutilante rojo del abrigo de Ena y del azul marinero de la cazadora del chico.

Cuando se halló a la distancia adecuada para que sus palabras alcanzaran los oídos de Ena Greco, la voz de él sugirió, en tono transparente y ligero como el tul, mas sin preámbulo alguno:

—Bien, quiero decirte que dibujas increíblemente bien, pero, incluso así, aún puedes mejorar las sombras.

—Siempre se agradece un buen consejo.

—Si necesitas algo, estoy en la misma acera. Me llamo Pierre. También pinto, pero paisajes. Vendo bastantes, pero es porque ya hace tiempo que ando por aquí.

—Gracias.

—Ah y... tienes una pequeña mancha. Aquí... —dijo señalando la parte inferior de sus propios labios.

Ena Greco, enarcando las cejas, se frotó, con el índice, el punto señalado.

—Pero te queda bien. Déjalo así. Pareces una... dalia, de veras.

Cualquiera en su lugar hubiera vuelto a sus puestos, mas, prendidos, continuaron mirándose. Cualquiera en su lugar hubiera admirado el sin igual crepúsculo que empezaba a bañar París, pero un ancla todopoderosa retenía los ojos de uno en los del otro.

—Hace frío. Debería volver a casa —musitó ella, al fin.

—Te acompaño —se ofreció Pierre.

—Solo si me dices de qué color es tu dalia.

Rieron al unísono, ahora ya abiertamente. Y su risa recorrió las calles de un París complacido de ver a su amada Ena Greco exultante. París los observaba, los escuchaba. Reconocía en Ena un suspiro entrecortado que se abría paso en su pecho y en Pierre una irresistible fascinación por la chica de rojo. La ciudad les tendió la mano y los envolvió en una mágica esfera de vidrio translúcido que los ocultó, tras la bruma del anochecer que emanaba del río, para acabar enredando sus cabellos y entrelazar sus palabras en una única y sublime cadencia de rimas de arte mayor.

Se despidieron prometiendo encontrarse al día siguiente. Y, a las nueve de la mañana del nuevo pedacito de diciembre, la tienda de monsieur Renoir recibió un ramito de dalias, de todos los colores, a nombre de Ena. Ya no hizo falta nada más.

Se enamoraron. Su pasión desbordó en un torrente de bellas palabras e insaciables lápices que competían por retratar al otro en los atardeceres que languidecían a la orilla del Sena. Él le aconsejaba sobre detalles técnicos que Ena, hasta el momento, había compensado con su intuición, pero que, ahora, de la mano de Pierre, incorporaba a su pintura. Bailaban música que ponían en el tocadiscos de casa de ella y bebían buen vino que Pierre tomaba de la reputada bodega de un familiar. Celebraban cada día como si fuera una fiesta, tal como —pensaban— debieron hacerlo Hemingway y Hadley en su tiempo de vino y rosas. Leían clásicos en ediciones de tapa dura y comentaban un sinfín de anécdotas. Y, al poco, ampliaron su círculo perfecto con la adopción de un gato callejero, pequeñito e implorante de cariño, Picasso.

Ena Greco se sorprendía riendo al viento, despeinada y con ganas de lanzarse al Sena de pura dicha; se sentía intocable, inmortal. No le afectaba nada; nada traspasaba el paradisíaco palacio de cristal en el que vivía. Jamás hubiera pensado que el mundo pudiera ser tan excitante, tan nuevo en cada rincón.

Pierre, desde el primer día, se dio cuenta del potencial de Ena. Animada por él, la muchacha se presentó a una beca para la Academia de Artistas de París, de donde habían salido los más

célebres creadores. Aplicaría las normas como el mejor para, luego, romperlas; tal era su propósito.

Todo les iba tan bien que hasta llegaron a pensar que cualquier lugar podía ser bueno para ser felices. Craso error.

De hecho, Ena había empezado a descuidar su París, a dejar de percatarse de los continuos favores que la ciudad brindaba a los amantes. Y París se sentía más y más celoso del amor fuerte, juvenil, arrojado de los dos. No soportaba que Ena ya no fuera suya. Ahora, en efecto, Ena ya no necesitaba París; al menos, ya no como ayer. Ena era de Ena. París, en esa relación, había pasado de ser la variable independiente, que determinaba la fórmula, a un mero dato del enunciado. Sabedora de ello, la ciudad, sintiéndose profundamente herida, llevada por la furia y el rencor, decidió que existía una manera de recuperar a su Ena Greco.

Ysí, mezquina por una vez, París se volvió cruel y asestó a los sueños de la muchacha el peor de los golpes imaginables.

La carta de la Academia llegó con malas noticias: no la habían aceptado.

Yaunque Pierre la siguió animando y le reiteró efusivamente que los de la Academia eran unos inmovilistas, ciegos ante los nuevos talentos, Ena se sintió sin ya nada por lo que luchar. Sin decírselo a Pierre, aquella noche, tras deslizarse entre las respiraciones de él y el dormitar de Picasso, hizo la maleta, coloreó sus labios, se puso su abrigo rojo y marchó.

YParís lloró. Viéndola partir, el dolor de la equivocación cometida atormentó las entrañas de la ciudad cuando percibió que, lejos de recobrarla, la había perdido. Bastaba contemplar, para saberlo, el huraño arrastre de la maleta de Ena o la ira contenida que ardía en sus ojos.

París se agitaba de pena en tanto que la joven, ajena a la aflicción de su silente amante, únicamente acertaba a pensar en los sinsabores que dejaban los castillos en el aire. Cuando llegó a la Gare de Lyon, compró un billete de ida a Roma y se dispuso a esperar el próximo tren, que salía en una hora, sentada en un banco frío y solitario como ella.

París se convenció, sin embargo, de que no podía dejar que partiera. No; no podía perder a Ena. No, a aquella dulce criatura del abrigo rojo; no, a aquella hermosa muchacha de labios carmesíes; no, a aquella inigualable artista del Sena... Ena debía volver a ser feliz. Poco importaba ya que París no fuera su dueño. Con tal de verla sonreír otra vez, la ciudad estaba dispuesta a mover cielo y tierra. Y, en ese preciso instante, bajo la luz de amanecida de sus farolas soñolientas, París entendió lo que era el amor de verdad.

A la desesperada, temerosa de llegar tarde, la urbe lanzó entonces, al aire, su más veloz presentimiento. El Sena se agitó y el presagio, cual centella, se deslizó raudo por las aguas, entre el plumaje de los patitos juguetones. Después, trepando, como hábil felino, por los tejados y escurriéndose entre las claraboyas, llegó al altillo donde dormía Pierre y, arrastrándose hasta la cama, le musitó al oído: «¡Vuela, Pierre, vuela a la estación! Ena no sabe que, en realidad, no espera un tren; ¡se espera a sí misma! ¡Ve y díselo!». Despertado por el susurro de París, el joven se alzó de inmediato y, tras ganar, célere, la calle, corrió con todas sus fuerzas. París, inquieto como nunca, convocó a los vientos y estos, obedeciendo su suprema orden, envolvieron a un Pierre todavía adormilado y lo transportaron, en volandas, entre las nubes nocturnas, a velocidad vertiginosa. Las estrellas iluminaban, complacientes, su camino mágico hacia la Gare de Lyon en lo que, para Pierre, solo sería siempre una ensoñación.

Finalmente, llegó al andén donde aguardaba Ena. Sin darle tiempo a que se sorprendiera de su presencia, avanzó con firmeza hacia ella y la ciñó por la cintura. El acendrado abrazo que siguió devolvió los jóvenes al calor de los días felices en los que ella cubría de embrujo los lienzos. París moldeaba sus figuras, cual muñecos de arcilla; ajustaba, uno contra otro, cada centímetro de sus cuerpos, resuelta a componer una nueva escultura digna del Louvre. Había entendido, al cabo, que amar era cuestión de corazón, no de propiedad.

El tren arribó, a todo ello, mas París ya no temía que Ena lo tomara. Tanto afecto albergaba en su alma por ella que ya no restaba espacio para el miedo. La Ciudad del Amor había aprendido a amar.

Pierre estrechó su abrazo y el convoy partió al compás al que ambos se besaban, velados por el París más enternecido. En la bóveda de cristal de la estación, las primeras luces del nuevo día osaban apuntarse. Un nuevo pedacito de noviembre se brindaba a la vida. Mas Ena, Pierre y París seguirían, durante unos minutos más, inmóviles; fondeados en el silencio más explícito que jamás haya existido: el del amor.